

EDITORIAL

“PROGRAMA DE ESTABILIZACION Y REACTIVACION ECONOMICA” (El Paquete Económico)

Sin mucha pena ni gloria se ha ido distribuyendo el Plan General del Gobierno, titulado “El Camino para la Paz”, y con más pena que gloria ha hecho su repentina aparición lo que el público ha dado en llamar el “paquete económico”. Como los sustos no andan solos, también los insurgentes armados han lanzado un “paquete económico” de extensión e intensidad sorpresiva. Esta coincidencia de fechas señala la coincidencia de problemas, donde hay que ubicar la tradicional estructura económica como causal de la larga guerra, y a la larga guerra como causal importante de la prolongada crisis económica. En otras palabras, que tanto el Plan del Gobierno como el actual Paquete Económico debieran ubicar como tarea primordial la disolución de la guerra por la vía de la pacificación con vistas al reordenamiento económico, y ello por razones humanas, sociales y económicas. En la letra del Plan General del Gobierno aparece la “Pacificación” como “primer gran objetivo; sin embargo este Plan General ha conocido una distribución silenciosa y parece que reducida. Lo que de hecho se ha impuesto, en forma clamorosa, ha sido el “Programa de Estabilización y Reactivación Económica”, que venía ocupando el cuarto lugar de los grandes objetivos nacionales.

Reconociendo que no es fácil gobernar a placer de todos en los momentos actuales, parece que ha habido una reubicación de objetivos, anteponiendo la estabilización y reactivación económica, relegando a dos años vista la disolución de la guerra por eliminación de contrarios. Si consciente e inconscientemente, si por deliberación interna o por presiones externas, ha jugado esta hipótesis, no creemos que el “paquete económico” logre ni la estabilización ni la reactivación económica. Y ello por una sencilla razón: ni la estabilización, ni la reactivación, ni la devaluación la hace un Gobierno por leyes y decretos, sino que todo ello ha sido y será tarea de todos los de dentro y de muchos de los de fuera.

Sin entrar, a nivel de editorial, en los detalles de las nuevas medidas económicas, tomemos una de las medidas a modo de ejemplo: "la "Devaluación del Colón". Y vamos a tratar de distribuir responsabilidades. En un momento en que al interior de la Asamblea Legislativa se están aprobando decretos "por mayoría de votos" (que no es lo mismo que "aprobación democrática" precedida de diálogo y precisión de argumentos) se ha dicho que "este Gobierno ha devaluado el colón, cediendo a presiones externas". Esta afirmación es una "media-verdad" y por lo tanto no del todo cierta. Por supuesto que las presiones del F.M.I. (que es la voz de los países industrializados) se vienen ejerciendo desde hace cinco años y que hubiera sido de desear que el Gobierno hubiera mantenido su resistencia por más tiempo, antes de proceder a una devaluación total oficial. Sin embargo también hay que afirmar que esas presiones han sido presiones o condiciones, pero no la causa de la inoportuna devaluación. Las "causas" hay que buscarlas en el deterioro del intercambio internacional; en la creciente deuda externa, generada en buena parte por el factor guerra; en la cuantiosa "fuga de capitales", que supera los dos mil millones de dólares y que la ejecutaron algunos de los que hoy critican el proceso de devaluación; la continuada "especulación" de tantos ciudadanos (más especuladores externos) que menospreciaron activamente la moneda nacional; el "quinceañero" proceso de inflación interna donde muchos-muchos tenemos algo de culpa... Estos y otros hechos son los causales de la devaluación, que tarde o temprano cualquier gobierno tendría que declarar, y cualquier periódico (incluido El Diario de Hoy) tendría que disculpar. No creemos que el momento elegido haya sido el más oportuno, pero la "devaluación" es una hija molesta degenerada entre muchos padres.

Ahora bien, si son tantas las causales que han precipitado la devaluación del colón, y si una devaluación monetaria, en una economía tan abierta como la nuestra, precipita a su vez un alza multiplicada de los precios, no parece ni "humana", ni "tecnicamente" realizable la estabilización y la reactivación económica. Decimos "no humanamente realizable", atendiendo al comportamiento esperado de las personas: quince años de inflación y de crisis interna han ido generando una "guerra monetaria" entre grupos y clases sociales diferentes, porque la inflación divide a la sociedad en grupos opuestos, donde cada uno trata de defenderse de la inflación generando más inflación. Incluso el salto a la devaluación total se empleará como "argumento técnico" para proseguir en la cadena de la inflación-devaluación. Difícilmente un "voluntarismo patriótico", exigido por un partido no aceptado por todos, podrá contrabalancear la impulsión al "sálvese el que pueda". Las reacciones observadas hasta el momento parecen avalar esta conclusión pesimista para el Gobierno y para la ciudadanía.

Hay también una dificultad de orden "teórico-técnico", o si se quiere una contradicción en el propio enunciado de "UN Programa para la Estabilización y Reactivación Económica". Lo que hay de verdad y cierto en este enunciado es que tenemos los dos males o las dos enfermedades a la vez: un proceso de inflación-devaluación desbocados y un proceso de recesión

económica real. Sin embargo se trata de dos "enfermedades económicas" algo contradictorias, donde hay que privilegiar la cura de uno o del otro mal. Normalmente las medidas o políticas económicas que frenarían el proceso de inflación-devaluación, frenarían también la reactivación o auge económico real. Y a la inversa, políticas de reactivación económica y mayor generación de empleo, generarían también un mayor proceso de inflación en una economía abierta como la nuestra. Por añadidura, querer lograr, sea la estabilización, sea la reactivación económica, partiendo de una brusca devaluación de la moneda complica aun más "técnicamente" ambos objetivos. Lo contradictorio, desde el punto de vista teórico y práctico, está en que con "UN PROGRAMA" se pretendan solventar dos debilidades o males estructurales de nuestra economía. Un estudio más detallado, que lo acostumbrado en un Editorial, podría mostrar que ciertas medidas programadas tenderían a mejorar la "estabilización", mientras que otras buscarían la "reactivación" económica, pero los efectos posibles de las primeras entorpecerían el logro pretendido de las segundas políticas. Por ejemplo, una elevación de la tasa pasiva de interés "podría" retener en el país mayor cantidad de ahorros y frenar algo la salida de capitales; pero la correspondiente alza del tipo de interés activo sin duda va a frenar la reactivación económica. Además hay que contar con la lectura que el público haga de estas medidas económicas: recientemente un grupo de empresarios arguía que difícilmente ellos podrían contribuir a la reactivación económica, si se les pedía incrementar los salarios en un 10 ó 15%, y que esta solicitud sólo vendría a incrementar la inflación. De hecho, esta lectura o interpretación no es exacta: ese incremento salarial solicitado debería tener mayor efecto sobre la reactivación económica, vía demanda de producción interna, que sobre la inflación por el relativo poco peso (coeficiente técnico de producción) que los salarios tienen en el valor total del producto.

Queda un señalamiento más importante: llevamos más de cinco años de "guerra a la economía y de economía de guerra"; si esta dura realidad no se pone en el centro del programa de estabilización y reactivación económica, como premisa previa a ambos logros, el programa se verá frustrado. Baste el ejemplo de las amenazas al transporte nacional. No podrá haber estabilización-reactivación económica mientras no se ponga fin a la guerra interna. Y es que una guerra interna, más una devaluación, más una inflación recortan la perspectiva del mediano y largo plazo, e inducen a buscar los resultados más inmediatistas. Por supuesto que esta razón es muy pobre para poner fin a la guerra. Lo importante es el sacrificio de vidas humanas que viene cobrando la guerra y el cúmulo de sufrimientos en quienes aún conservan la vida. Relegar la solución del problema = guerra no es reactivar la economía, aunque se logre aumentar, con gastos militares, la renta nacional en unos miles de colones. Sobra decir que la guerra está zapando el equipo productivo nacional y sobre todos los mismo valores cívicos, que es algo más importante. La "pacificación", que aparecía como primer objetivo nacional en la letra del Plan de Gobierno, sólo indirectamente aparece en la presentación del Programa de Estabilización y Reactivación Económica, como tarea encomendada a "la mayor profesionalización

de nuestra fuerza armada"... que "nos ha hecho avanzar con paso firme y tomar la iniciativa militar". Después de seis años de guerra interna esa afirmación resulta bastante dudosa y bastante dura, sobre todo para quienes más directamente siguen sufriendo los efectos de la guerra. ¿No queda otra opción más pacífica y más política? Por lo menos al gran público no percibimos una preocupación y un esfuerzo por proseguir la también difícil vía del diálogo y de la mediación. Y hay lugar a preguntarse si "desde fuera" se están también haciendo presiones para la "devaluación del diálogo y de la mediación política". Porque si se devalúa la moneda y se devalúa la mediación política, nos queda sólo el desempleo, la inflación y la guerra.

De todas formas hay que subrayar un aspecto positivo, aunque nos resulte doloroso y aunque el "programa" no tenga el éxito pretendido. Claramente el lanzamiento de este "paquete económico" nos viene a recordar a todos que seguimos inmersos en una profunda crisis económica y que la guerra sigue afectando las condiciones de vida, aunque no nos toque hacer el servicio militar. El alza posible del precio del café no es más que un balón de oxígeno para un enfermo grave, y quizás en uno o dos años se convierta en espejismo ilusorio. Por lo tanto "hay que apretarse el cincho", y hay que esperar de "todos" un sacrificio y un esfuerzo. El problema es cómo se reparten y cómo se aceptan los "cinchos". El largo listado de "importaciones prohibidas" es un recordatorio preciso de que se busca un nuevo estilo de vida de corte más nacional; conviene releer la lista y pensar que una "mayoría" de personas del país nunca han gozado de una "mayoría" de estas importaciones. Parece que se pretende distribuir costos y cuotas de sacrificio, a juzgar por las protestas con o sin bocina. La inflación, el desempleo, la devaluación y la misma guerra han venido exigiendo cuotas elevadas de sacrificio a los sectores mayoritarios del país, que son los de menores ingresos. Estos sectores siguen "sin voz y sin bocina" para hacerse oír en los diarios y en las calles; los sectores más privilegiados o más organizados pueden presionar política y económicamente al presentar y defender sus intereses, y una vez más la mayor cuota de sacrificio volvería a caer sobre quienes más la han sufrido tradicionalmente. Más que esperanza, es esta la duda que nos queda sobre la efectividad económica y social del actual Programa de Estabilización y Reactivación Económica.

Que necesitamos una reactivación económica, lo dicen tirios y troyanos. Pero ¿en beneficio de quién?. Es hora de que nos demos cuenta de que esta reactivación, si llega a producirse, ha de favorecer a las mayorías; ya no es tiempo de pedir a éstas solamente sacrificios, para que el sector empresarial goce de pingües utilidades.

También es necesario señalar que, respecto de la prohibición de importaciones de algunos artículos, figura entre las excepciones, la de los que gocen de franquicia; ello es sumamente criticable; no es justo que lo que se prohíbe importar para evitar el despilfarro de divisas, se les permita a las personas que tienen influencias políticas para obtener una franquicia o suficiente dinero para comprarla a los primeros.